



Solemnidad de la Epifanía

6 ENERO 2021

El Niño nacido de la Virgen María en Belén vino no sólo para el pueblo de Israel, representado en los pastores de Belén, sino también para toda la humanidad, representada hoy por los Magos de Oriente y su camino en busca del Mesías.

Estos Magos que vienen de Oriente son los primeros de aquella gran procesión de peregrinos hacia la luz, de la que habla el profeta Isaías en la primera lectura (cf. 60,1-6). *“Las tinieblas cubren la tierra”,* pero sobre ti Jerusalén, *“amanecerá el Señor”,* y *“caminarán los pueblos a tu luz”*. *“Los de Saba llegan trayendo oro e incienso y proclaman las alabanzas del Señor”*. Siempre hay personas que son iluminadas por la luz de la estrella, encuentran el camino, y llegan hasta Niño que nos muestra la ternura de Dios.

Según la tradición, los Magos eran hombres sabios, estudiosos de los astros, escrutadores del cielo. Fueron un “resto” que buscaba al Dios verdadero entre las religiones y filosofías de su tiempo. Sólo ellos vieron la estrella. En nuestro actual contexto ideológico **los Magos son un modelo contracultural y sólo representan al reducido resto de personas que buscan a Dios para encontrar el sentido de su vida.**

Los Magos nos indican el camino que debemos recorrer en nuestra vida. Ellos buscaban la **Luz verdadera**: Siguiendo la luz fugaz de una estrella, buscan la Luz que alumbra siempre. Iban en busca de Dios. Cuando vieron el **signo** de la estrella, lo interpretaron y se pusieron en camino, e hicieron un largo viaje, una humilde peregrinación de la fe.

La luz de Dios, es decir, el Espíritu Santo, es el que los llamó e impulsó a ponerse en camino; y en este camino tendrá lugar también su encuentro personal con el Dios verdadero.

En su camino de búsqueda, los Magos superan dificultades. Cuando llegan a Jerusalén van al palacio del rey, porque consideran algo natural que el nuevo rey nazca en el palacio real. Allí pierden de vista la estrella. **¡Cuántas veces se pierde de vista la estrella!** Porque no todos los lugares y situaciones sociales reflejan la luz de Dios. Y el palacio de Herodes no es un lugar de luz. Allí encuentran los Magos una trampa del diablo: es el engaño de Herodes. El rey Herodes muestra interés por el niño, pero no para adorarlo, sino para eliminarlo. Herodes es un hombre de poder, que sólo consigue ver en el otro a un rival. Y en el fondo, también considera a Dios como un rival, más aún, como el rival más peligroso.



En la corte real los sacerdotes y los escribas han oscurecido la luz de la revelación de Dios. Ellos conocen el lugar exacto del nacimiento del Mesías y se lo indican a Herodes, citando también la antigua profecía. Lo saben, pero no viven en la espera del Mesías y no dan un paso hacia Belén. Conocían la letra de la Escritura pero les faltaba el espíritu; habían convertido la profecía en mera cultura religiosa y no mostraron interés alguno por el cumplimiento de la profecía.

En esta actitud puede verse representada la situación de los que creen con una creencia meramente sociológica y cultural. Tienen información de contenidos de la fe, que no les afectan en su vida personal. Saben pero no oran ni celebran la fe; no la practican y carecen de motivación para asumir algún riesgo por el Señor.

En el palacio de Herodes los Magos atraviesan un momento de oscuridad, de desolación, que consiguen superar gracias a la moción del Espíritu Santo, que les habla mediante las profecías de la Sagrada Escritura. Éstas indican que el Mesías nacerá en Belén, la ciudad de David.

En este momento, retoman el camino y vuelven a ver la estrella. El evangelista apunta que experimentaron una *“inmensa alegría”* (Mt 2,10), una verdadera consolación. Llegados a Belén, encontraron *“al niño con María, su madre”* (Mt 2,11). Después de lo ocurrido en Jerusalén, ésta era para ellos la segunda gran tentación: rechazar esta pequeñez. ¿Cómo podía ser el Rey de los judíos aquel pobre niño? ¡Tan largo y difícil viaje para encontrar a ese niño y a su madre en una humilde casa! Pero es la casa donde la estrella se posó. Y, de nuevo, dieron fe a la luz. *“Cayendo de rodillas lo adoraron”*; y le ofrecieron sus dones preciosos y simbólicos.

La gracia del Espíritu Santo es la que siempre los acompañó. Esta gracia que, mediante la estrella, los había llamado y guiado por el camino, ahora los introduce en el misterio. **La luz de la estrella los introduce en el misterio.** Guiados por el Espíritu, reconocen que los criterios de Dios son muy distintos a los de los hombres; que Dios no se manifiesta en la potencia de este mundo, sino que nos habla en la humildad de su amor. El amor de Dios es grande, sí. El amor de Dios es potente, sí. Pero el amor de Dios es humilde, muy humilde. Con ese reconocimiento, los Magos son modelos de conversión a la verdadera fe porque han dado más crédito a la bondad y la humildad de Dios que al aparente esplendor del poder.

Y ahora nos preguntamos: **¿Cuál es el misterio en el que Dios hoy se esconde?** ¿Dónde puedo encontrarlo? Vivimos en situación de crisis sanitaria, social y económica que agrava en todo el mundo las incertidumbres y el malestar experimentados a diario, al ver a nuestro alrededor injustas desigualdades sociales, falta de empleo y crecientes situaciones de pobreza, marginación y exclusión social, indiferencia e insensibilidad efectiva ante las necesidades y sufrimientos ajenos, ausencia de convicciones morales y de valores éticos que den solidez a la convivencia social, creciente deterioro de las instituciones básicas de la sociedad, pérdida del sentido del bien común.



Son numerosas las personas caminan en toda clase de tinieblas y las propagan; y las víctimas que son obligadas a andar por caminos de sombras. Cuando se oculta la luz de la estrella, es más visible la soberbia que la humildad; se hace más publicidad el engaño que la verdad; se ensalza el amor egoísta de sí mismo más que el amor desinteresado al prójimo.

En estas realidades oscuras, Jesús está como luz en todos los hermanos y hermanas más débiles que sufren como víctimas tales situaciones (cf. Mt 25, 40.45). Y el mismo Jesús actúa en su favor a través de todos aquellos discípulos y personas de buena voluntad que no cesan de buscar la verdad y dedican su vida a anunciarla y hacerla realidad con palabras y obras de servicio a los hermanos.

El Niño de Belén y los Magos que lo adoran nos enseñan y ayudan a seguir el camino que Dios nos muestra como alternativa al que nos proponen quienes andan en las tinieblas y en las sombras de muerte de la mentalidad opuesta a Dios. El camino de luz revelado en el Niño de Belén es el del anonadamiento de Dios, el de la humildad del amor de Dios que se abaja y se despoja de su gloria divina; esa gloria que queda escondida en el pesebre de Belén, en la cruz del Calvario, en el hermano y en la hermana que sufren.

Los Magos han entrado en el misterio del Niño de Belén. Han pasado de los cálculos humanos al misterio, y éste es el camino de su conversión. ¿Y la nuestra?

Hoy será bueno que nos repitamos la pregunta de los Magos: “¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo” (Mt 2,2). Nos sentimos urgidos, sobre todo en un momento como el actual, a escrutar los signos que Dios nos ofrece, sabiendo que debemos esforzarnos para descifrarlos y comprender así su voluntad. Estamos llamados a ir a Belén para encontrar al Niño y a su Madre. Sigamos la estrella que nos muestra el camino. Y, una vez que estemos ante él, adorémoslo con todo el corazón, y ofrezcámosle nuestros dones: nuestra libertad, nuestra inteligencia, nuestro amor.

La verdadera sabiduría se esconde en el rostro de este Niño. Y es aquí, en la sencillez de Belén, donde encuentra su síntesis la vida de la Iglesia. Aquí está la fuente de esa luz que atrae a sí a todas las personas en el mundo y guía a los pueblos por el camino de la paz.

Pidamos al Señor que nos conceda vivir el mismo camino de conversión que vivieron los Magos. Que nos defienda y nos libre de las tentaciones que oscurecen la estrella. Que tengamos siempre la inquietud de preguntarnos, ¿dónde está la estrella?, cuando la hayamos perdido de vista. Que aprendamos a conocer siempre de nuevo el misterio de Dios, que no nos escandalicemos de la “señal” anunciada por los ángeles: “un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre” (Lc 2,12), y que tengamos la humildad de pedir a la Madre, a nuestra Madre, que nos lo muestre. Que encontremos el valor de liberarnos de nuestras ilusiones vanas, de nuestras infundadas seguridades, de



Carlos López Hernández

nuestras cortas “luces”, y que busquemos este valor en la humildad de la fe y así encontremos la Luz, como han hecho los santos Magos. Que podamos entrar en el misterio.

Necesitamos entrar con la luz de la fe en el Misterio de Belén para responder con coherencia a la vocación que hemos recibido. **Anunciar el Evangelio** de Cristo es dejarse iluminar por Dios y reflejar su luz; es hacer resplandecer la luz de Cristo. Este es el servicio de la Iglesia al mundo; y, en ella, el servicio principal de cada uno de nosotros. La misión es nuestra vocación. Y muchos necesitan a Cristo, para conocer el rostro del Padre y llegar a reconocerse en él como hijos, para reconocer así su propio misterio, su más profunda identidad personal.

La comunión del Cuerpo de Cristo es el momento culminante del encuentro personal con el Señor, que funde en unidad de conocimiento y de amor su propio Misterio con el nuestro, su Vida con la nuestra, la gracia de su salvación con nuestro testimonio gozoso de su luz en medio del mundo.

Catedral Nueva, 6 de enero de 2021